**Sermón conmemorando el natalicio de Martín Lutero (Noviembre 10).**

**Observado noviembre 13, 2016.**

**Lawrence R. Rast, Jr.**

**Recordando a nuestros líderes (Hebreos 13:7)**

Edificada sobre la Roca la iglesia permanecerá

Aun cuando caigan las torres.

Los picos de las torres caen en todos los territorios;

Las campanas todavía suenan y llaman.

Llaman a jóvenes y adultos a descansar.

Pero sobre todo a las almas en congoja

Que buscan descanso eterno. (*LSB* 645, estrofa 1)

El día 10 de noviembre de 1483, la iglesia estaba en conflicto. La Biblia no era generalmente leída, y donde se leía, no era bien comprendida. La ley y el evangelio eran grandemente confundidos. El pueblo anhelaba descanso, pero fue impulsado a hacer buenas obras para lograr la paz con Dios. Sin embargo, estas buenas obras parecían, y de hecho eran y son incapaces de lograr la paz con Dios.

El 10 de noviembre de 1483 nació Martín Lutero. Y a pesar de que su nacimiento no fue un evento notable en la pequeña ciudad de Eisleben, Alemania, en el tiempo este hombre abriría las páginas de la Biblia y ayudaría a la iglesia a recobrar su enseñanza central: “Somos salvos por la gracia de Dios mediante la fe en Cristo Jesús.”

Es bueno recordar. La historia y los recuerdos mantienen a la iglesia unida. Los evangelios en sí mismos son la narrativa que nos recuerda la obra de Jesús a favor de cada ser humano. Sin el conocimiento de la obra de Cristo, la fe no puede existir. De esta forma, sin un recuerdo vívido del pasado, los lazos que nos unen como el pueblo de Dios son cortados. La historia de Jesús es contada por seres humanos –muchas veces vasijas de barro fácilmente quebrantables– pero, ni más, ni menos, seres humanos.

Aquí hoy conmemoramos la obra de Dios en la vida de su humilde siervo Martín Lutero. No lo hacemos por Lutero; lo hacemos para recordar la inmensa fidelidad de Dios en el sostenimiento de su iglesia y en el cumplimiento de su promesa dada a nosotros por Cristo mismo cuando dijo: “Las puertas del infierno no prevalecerán en contra de la iglesia de Cristo” (Mateo 16:18, parafraseado).

1. **Se trataba solo de Jesús**

Martín Lutero fue una persona sencilla. Hoy es difícil verlo así, puesto que conocemos el enorme papel que él jugó en este grandioso evento histórico conocido como la Reforma que lleva su nombre. Es bueno recordar que él nació dentro de una familia modesta, en circunstancias también humildes.

Sus primeros años de vida están llenos de relatos acerca del desarrollo de su carácter, que ocasionalmente fueron eventos extraordinarios. Conocemos muy bien la historia de la tormenta que lo empujó al monasterio. Su grito de ayuda, por temor a perder su vida: “Ayúdame Santa Ana y me convertiré en monje”, es parte de su legado histórico.

Sin embargo, no son esas experiencias, por significativas que éstas fueron, las que colocaron a Martín Lutero en el lugar que ocupa hoy. Lo que distinguió su vida fue su profundo amor por el evangelio, cuando lo descubrió años más tarde. Después de largos años de lucha por lograr la paz con Dios, basado en su propia justicia, el Espíritu Santo le abrió las Escrituras y le mostró que la justicia delante de Dios no era algo que él merecía o podía lograr por sus propios esfuerzos. Fue algo que Cristo mismo logró para él, y para cada ser humano, de pura gracia. Para Lutero, en su tiempo, y para nosotros hoy, éstas fueron y son muy buenas noticias. De eso se trata la Reforma: de Jesucristo y de su obra salvífica por nosotros.

Es a Jesús a quien todavía necesitamos hoy. Los historiadores nos dicen que el mundo de Lutero estaba sumido en ignorancia y superstición. Muchas personas desconocían la palabra de Dios, porque muchas de ellas no sabían leer, y las Biblias eran caras y escasas. Sin embargo, a pesar de que hoy tenemos acceso fácil a la palabra de Dios, nuestra naturaleza humana no ha cambiado. Somos concebidos y nacidos en ignorancia y superstición. Negamos nuestra pecaminosidad y nuestra rebelión contra Dios. Pero en este olvido intencional de nuestro propio pasado, se ve que las personas de hoy no son nada diferentes a las personas del tiempo de Lutero.

Cuando Martín Lutero redescubrió el evangelio, intentó reformar la iglesia, sin querer comenzar una nueva. Simplemente quería reformar la iglesia de su época, trayéndola de regreso al evangelio puro de la gracia de Dios en Cristo Jesús. Invitó a los maestros y líderes de la iglesia a discutir estos asuntos vitales. De la pequeña y casi desconocida ciudad de Wittenberg, surgió y creció un movimiento, todavía en marcha, un movimiento confesional que busca siempre acentuar esta gran verdad de la palabra de Dios: “Somos liberados de todos nuestros pecados y de la culpa solamente por la gracia de Dios en Jesucristo.” Recibimos perdón de pecados, vida, y salvación simplemente creyendo estas buenas noticias: *¡Sola Gratia! ¡Sola Fide! ¡Sola Scriptura! ¡Solus Christus!* ¡Solamente por gracia! ¡Solamente por fe! ¡Solamente por la Escritura! ¡Solamente en Cristo!

De esa manera Lutero señaló solamente a aquel de origen humilde y milagroso nacimiento, Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre. Lutero solamente predica a Cristo: “…el cual, por amor de nosotros y por nuestra salvación, descendió del cielo y, encarnado en la virgen María por el Espíritu Santo fue hecho hombre.”

Por eso hoy miramos solamente a Cristo. Sabemos, como el apóstol Pablo nos enseña, que ningún ser humano es justificado por las obras de la ley. No mires al mundo, no mires a lo fuerte o débil de tu fe, no mires a tus obras, incluyendo tu asistencia al culto, no mires al servicio que prestas a tu prójimo, ni aun mires a tu propio corazón. Mirarnos a nosotros mismos solamente nos muestra que hemos pecado y estamos separados de la gloria o presencia de Dios, que nos hemos ganado el descontento, la ira, y el juicio de Dios. No hallaremos así consuelo alguno, ni perdón, solamente esclavitud al pecado.

Mira solamente a Cristo. Verdaderamente Cristo es tu consuelo, tu esperanza, y tu gozo. Observa todo lo bueno que él ha hecho por ti. Se ganó el favor de Dios cumpliendo la ley en nuestro lugar. Observa cómo nos abrió el cielo. Observa que Cristo solamente por su sufrimiento y muerte en la cruz, aplacó la ira de Dios y la alejó de nosotros. Observa que todo lo que hizo, lo hizo por ti, y por cada ser humano. Somos salvos por su obra. Jesús, el Hijo de Dios, te ha hecho libre: “Así que, si el Hijo los liberta, serán verdaderamente libres” (Juan 8:36 RVC).

1. **El tercer Elías**

Dios hizo una gran obra durante la Reforma, que todavía continúa. El tiempo sigue su curso y no debemos estar totalmente satisfechos. Alrededor de cuatro años después de la muerte de Lutero, ocurrida el 18 de febrero de 1546, un grupo de sus seguidores firmó uno de los documentos más importantes y menos conocido en la tradición luterana: la Confesión de Magdeburgo (el 13 de abril de 1550), donde Lutero es identificado como profeta de Dios, el Tercer Elías, quien recuperó la confesión escritural del Cristo crucificado y resucitado.

Hay buenas razones por las cuales la gente conectó a Lutero con Elías. En la narrativa bíblica (1 Reyes 17-21, 2 Reyes 1-2), Elías aparece de repente desafiando a la clase religiosa. Martín Lutero hizo exactamente lo mismo. Elías es directo e incisivo y confronta a los líderes religiosos y políticos por haberse apartado de la voluntad de Dios. Elías confronta abiertamente al rey Acab por haber quebrantado la ley de Moisés al confiscar propiedades que sus súbditos habían heredado. Desafía a los falsos profetas de Baal. Habla claramente con coraje y convicción a aquellos que perseguían a los fieles y proponían toda clase de creencia y prácticas religiosas paganas.

Martín Lutero hizo lo mismo. En la Dieta de Worms, y en presencia del mismo emperador se negó a retractarse de lo que había aprendido de las Escrituras. “Si no se me convencen mediante testimonios de la Escritura y claros argumentos de la razón –porque no le creo ni al papa ni a los concilios ya que está demostrado que a menudo han errado, contradiciéndose a sí mismos– por los textos de la Sagrada Escritura que he citado, estoy sometido a mi conciencia y ligado a la palabra de Dios. Por eso no puedo ni quiero retractarme de nada, porque hacer algo en contra de la conciencia no es seguro ni saludable. ¡Dios me ayude, Amén!”

También, Lutero le recordó a la gente al segundo Elías, Juan el Bautista. El mensaje de Juan era simple y directo: “Arrepiéntanse y crean en el evangelio.” Cuando Lutero clavó sus 95 Tesis el 31 de octubre de 1517, su primera tesis decía: “Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo: “Haced penitencia...”, ha querido decir que toda la vida de los creyentes fuera penitencia.” [[1]](#footnote-1)

Lutero, o mejor dicho, Dios por medio de Martín Lutero, comenzó la Reforma recordándole al pueblo que la vida del cristiano es una vida de continuo arrepentimiento y fe. Tanto Juan el Bautista como Lutero señalaron solamente hacia Cristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La Reforma Luterana estaba centrada en Jesús. ¡Y sigue estando centrada en Jesús!

1. **Conclusión**

Por muchos años, el antiguo periódico alemán del Sínodo de Missouri llamado *Der Lutheraner* (El Luterano) tenía como su lema central las palabras alemanas: “*Gottes Wort und Luther Lehr vergehet nun und nimmermher*.” En español esto se traduce así: “La palabra de Dios y la doctrina de Lutero nunca mueren.” Ésta es una gran afirmación. De nuevo, el hecho de que Lutero haya dicho algo de esto, no es lo que estamos celebrando hoy. Celebramos porque lo que Lutero enseñó provino de la pura palabra de Dios. El papel de Lutero fue recuperar lo que había sido confundido y revelar lo que había sido obscurecido. Eso fue simplemente el evangelio de la salvación plena y gratis ganada mediante el sufrimiento, muerte, y resurrección de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Por eso no es sorprendente que el periódico *Der Lutheraner* también colocara en su página titular la figura de un ángel y el texto de Apocalipsis 14:6-7, que dice así: “Luego vi otro ángel, el cual volaba en medio del cielo. Tenía el evangelio eterno, para predicarlo a los habitantes de la tierra, es decir, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Ese ángel decía con fuerte voz: ‘Teman a Dios, y denle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua’.”

Ya en el momento de la muerte de Lutero, algunos, incluyendo a su pastor Johannes Bugenhagen, vieron el cumplimiento de Apocalipsis 14:6-7 en su vida, no porque fuera menos pecador o un gigante de la fe delante de Dios, sino debido a su enérgica y audaz proclamación de Jesucristo como aquel quien ganó el perdón de los pecados para cada ser humano. En sus propias palabras: “No con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte” (Explicación del segundo artículo del Credo Apostólico basado en 1 Pedro 3:18-19).

Ésa es la razón por la que recordamos el nacimiento de Martín Lutero hoy. Dios usó a este humilde hombre desde la semi-oscura ciudad de Wittenberg para que la luz del evangelio brillara en su tiempo, y afortunadamente, también brillara para nosotros hoy. Es bueno que recordemos el nacimiento de Martín Lutero. Pero es mucho mejor que recordemos y creamos en aquel a quien Lutero siempre señaló, Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

Concede entonces, Señor, que tu voluntad sea hecha,

Que cuando las campanas de la iglesia suenen,

Muchos, con fe salvadora vengan

Donde Cristo su mensaje está trayendo:

“Conozco a los míos, los míos me conocen,

Ustedes, no el mundo, mi rostro mirarán.

Mi paz les dejo. Amén.” (*LSB* 645, estrofa 5)

1. Martin Luther, *Disputation of Doctor Martin Luther on the Power and Efficacy of Indulgences: October 31, 1517*, electronic ed. (Bellingham, WA: Logos Bible Software, 1996). [↑](#footnote-ref-1)